

LOPEZ DE LEGAZPI Y SU DEVOCION A LA VIRGEN

Quiero recordar a nuestros lectores daimieleños, que uno de los marinos más ilustres de nuestra historia, conquistador de las Islas Filipinas, fué MIGUEL LOPEZ DE LEGAZPI.

Aquel marino español era tan devoto de la Virgen como audaz navegante. Para él, el amor de sus amores era aquella Virgencita que en su pueblo, Zumárraga (Guipuzcoa) veneraban en una humilde ermita, al igual que nuestro pueblo de Daimiel venera y honra a nuestra Señora de las Cruces.

Como nosotros los daimieleños, en ella pensaba e invocaba, con absoluta confianza, en los momentos difíciles de aquellos viajes tan atrevidos y peligrosos. Cuenta la historia de este célebre navegante, que cuando llegaba a una playa ignota, bajaba de su nave, se internaba en

el campo, cortaba las más lindas flores que la naturaleza guardaba como trofeos de hermosura, y cariñosamente las iba guardando como recuerdos amorosos, como símbolos de todos los pueblos y regiones que conocía para ofrendarlas después a los pies de su Virgencita cuando regresara a su pueblo natal.

Al fin, después de varios años, llegó a su tierra, a su pueblo, Zumárraga. Allí estaban los amigos que le esperaban, los familiares que le acogían en sus brazos, la casa en donde se habían deslizado los años de su juventud, la Iglesia Parroquial y allí también, la humilde ermita donde estaba el tesoro de amor, la Virgen de sus esperanzas.

Caminando, llevó entre sus brazos las flores que había recogido amorosamente en todas las playas. Y en-

trando con humildad en el templo, se postró de rodillas y al pie de la imagen bendita depositó aquellos ramos que aún conservaban el perfume de los numerosos países visitados. Y su oración fue sencilla y emotiva, mezclada de lágrimas:

"Aquí tienes, Madre adorada, flores de todas las tierras. Las fui recogiendo, y te las ofrezco a TI, FLOR de todas las naciones, BELLEZA de todos los pueblos y MADRE de todos los hombres".

Daimieleños, tomemos el ejemplo de nuestro ilustre navegante y al igual que él, ofrezcamos a nuestra Virgen de las Cruces, flores de nuestra tierra junto a nuestras mejores virtudes.

JACINTO ELVIRA DEL CASTILLO

ISLA BELLA: CEMENTERIO DE BARCOS

El barco Príncipe de Asturias, no era el Titanic, pero sí uno de los mejores y más lujosos trasatlánticos españoles en el comienzo de este siglo. Un martes de carnaval -exactamente el día cinco de Marzo de 1.916-, viajaban 477 personas a bordo que venían de España y se preparaban para una escala en el puerto brasileño de Santos, pues su destino final era Buenos Aires. Cuando les quedaba un día más de navegación, a las cuatro y media de la madrugada, bajo una intensa lluvia y una fuerte nieblina que batía en la punta más avanzada de la Isla Bella, en esta costa de frecuente mar agitado del sur de Brasil, en cinco minutos se fué a pique. Un barco francés que pasó por allí pocas horas después, consiguió rescatar 164 supervivientes.

Fue el más importante barco de los muchos que naufragaron en estas costas; no

sólo por el tamaño y lujo, sino también por el tesoro que cargaba, unas 40 mil libras y numerosas joyas de sus pasajeros. En sus bodegas unas piezas valiosas: 12 estatuas de bronce, ocho de ellas de tamaño natural y que estaban destinadas a un monumento a los españoles que se estaba construyendo en Buenos Aires.

Los tesoros aún están en el Príncipe de Asturias en el fondo del mar, pese a las varias tentativas para rescatarlos, siempre impedidos por la violencia del mar en esta costa. No obstante, algunas cosas pudieron ser rescatadas y hoy están expuestas en una tienda de artículos deportivos en la vecina ciudad de Sao Sebastiao.

El hombre que consiguió recuperar estas piezas, es un griego de la Isla de Creta llamado Jeannis Michael Platón, gran conocedor de los misterios del mar. Pla-

tón afirma que estas costas de Isla Bella están formadas por rocas minerales magnéticas que desorientan las brújulas, perdiendo el rumbo los barcos; es también, la opinión técnica de la Marina brasileña.

Otros barcos, igualmente, fueron a pique en este lugar como el Aymoré en 1.912, el Guaraní en 1.913 y más recientemente, en 1.955, otro barco español, el Concert que llevaba una carga de aceite de oliva, aceitunas y corcho; por cierto, que fué una fiesta para los pescadores de la región, pues las latas de aceite fueron a parar a las playas y sirvió para conservar sus pescados.

Del Príncipe de Asturias, el griego Jeannis Michael Platón, exhibe ahora vajillas de plata, platos, soperas, pedazos de ancla y hasta varias botellas de vino. Dice el griego que aunque las botellas están llenas, nadie puede entusiasmarse en beberlas, pues cuando salen del agua el vino se oxida.

RAMON F. CORDOBA